

Hay que leer el capítulo si-  
guiente, para conocer en toda su  
desnudez el crimen monstruoso  
del 25 de junio.

---

## El Hombre. - El Crimen

Awake! awake!  
Ring the alarm bell:  
Murder and treason!  
Macbeth - Act. 2<sup>a</sup> 1<sup>o</sup>

XI

Balaceando el cuerpo, colgantes  
los brazos é inclinada la cabeza, así  
anda huir Moier y Ferán. Su estatura es  
elevada, pero más carnosa que musculosa;  
la cara les llena, enérgica, viril; la  
mirada es bondadosa, franca, recta. Es  
una de esas fisonomías que carecen de  
juego escénico: nada oculta ni disimula.  
Se ven cruzar sus pensamientos, al  
través de su frente, como al través  
de ciertas aguas se ve la ondulación  
de los peces. Por desgracia las ideas  
no deben ser muy abundantes en ese  
cerebro: las paredes del cráneo, que  
por lo común se estrechan al descender

al cerebro, en el Sr. Luis Mier y Ferán se apriman de tal suerte, que obstruyen la dilatación y expansión de la materia gris. ¿Es fund. naturaleza rudimentaria, ó bien la evolución de las especies ha producido en ella un efecto descendente? Entre los actos de ese hombre - si tal nombre puede dársele - y su organismo, existe entera paridad. Una vez en la barra de Tampico, que está infestada de tiburones, hizo horrorar un bote en que iban dos de sus amigos, adrede, para tener el gusto de salvarles después la vida. En otra ocasión, de viaje para Nueva Orleans, obligó al capitán del buque, revolver en mano, á que devolviera la máquina para tener el gusto de pescar. Podrían referirse por ese tenor una infinidad de locuras semejantes, que confirman la perturbación de esa

incompleta inteligencia. Mas, ¿para qué? Si otras no hubiera, sería bastante con la diabólica y monstruosa del 25 de Junio para meterlo en la camisa de fuerza de la historia. ¡Pobre loco! el verdadero asesino, el Cain maldito, se llama Porfirio Díaz. Descuida: no bajarás sólo á la tumba en tu manto ensangrentado, sino que arrastrarás contigo á Porfirio Díaz, á él, único y ofensivo culpable!... Luis Mier y Ferán no tiene derecho al nombre que lleva: se llama Luis Domínguez. Moro de estribo de un Sr. Mier y Ferán, en Orizaba, allá por 1854, muerto ó desaparecido éste, su moro Domínguez reapareció en Veracruz en 1860 con el nombre que hoy lleva. Trabajó como botero, cargador en los muelles y por último capataz de trabajadores. Por su energía, los patrones lo querían; por su valor y

bondad, sus compañeros le estimaban y temían. Cerrando la intervención francesa, se alistó como guerrillero e hizo sus proezas; restaurada la República en 67, tornó al puerto de Veracruz, reasumió sus labores de capataz y llegó a ser el hombre más populachero del Golfo. Porfirio Díaz, que tiene como la serpiente el don de fascinar a ciertos imbéciles, arrastró a Ferán del lado de Tuxtépec. La fidelidad que en los organismos inferiores es terriblemente sumisa, en el organismo de Ferán degeneró en bestial: ya no era sumisión de hombre a hombre, sino de perro a amo. Sentirse dichoso el desdichado idiota en lamer aquella mano empapada en sangre: luego, dado el estado patológico de Ferán y encontrábase en actitud de cometer cualquiera locura. Lo que en ese espíritu embrionario hubiera de generosa y

humano, se ofuscara desde el momento en que se tratara de obedecer. Quesado la noche del 24, sólo quedó funcionando la ferocidad instintiva de la hiena.....

x  
x x

Si desolado y triste es durante el día, por la noche Veracruz es lóbrego: uno que otro farolillo alimentado con aceite ilumina a trechos, débilmente, paredes amarillas comidas por la acción salitrosa del aire, conservando algunas de ellas todavía los agujeros que hicieron las balas de los soldados del General Scott. La mar allí a dos pasos, se hincha y truena dentro del mar, y algunos centenares de metros, la grasa informe del llamado Castillo de San Juan de Ulúa, levántase en las tinieblas apenas disipadas

por la luz intermitente de su faro. Nada más lígubre y sombrío que ese paisaje: el mar se veja un sudario, la tierra parece un cementerio. En esa noche de Junio no hay brisa ni estrellas, el cielo está cubierto de nubes, el suelo con densos vapores. El escenario es trágico, como la escena que en él se representa entre la noche del 24 que termina y la madrugada del 25 que comienza.....

Por una escueta callejuela desemboca un pelotón de soldados. Sus bayonetas despiden reflejos acorados. En el centro se destaca un hombre descalzo y en paños menores! Su marcha es sigilosa, aunque velozmente. El farses porque es un preso el que llevan los soldados - interroga ansiosamente, ya a estos que no le responden, fya al o

ficial que le contesta con evasivas. Por Dios Santo! ¿a dónde me llevan, capitán? gemió casi el miserable.

- Al cuartel del 23°, doctor, respondió el militar hondamente conmovido.

- Pero me permitirán, llegando, mandarme por mi ropa y por mi catre?

El capitán volvió la cara sin contestarlo, diciendo muy quedo al sargento:

- ¡Pues a dormir el desgraciado! sí, el sueño eterno!.....

Al aproximarse al cuartel se oyó una descarga de fusilería. El Sr. Albert Hernández - porque era él - comenzó a temblar, y poseído del terror de la muerte, gritaba:

Oh! me van a matar! a matar! a matar!.....

La puerta del cuartel estaba abierta de par en par: los soldados estaban sobre las armas y muchos de ellos con los ojos encendidos por la embriaguez. Se les había dado una ración de aguardiente para convertirlos en verdugos. Cuando la escolta que conducía al Dr. Albert hubo penetrado, otro pelotón se acercaba en dirección opuesta con el bravo marino Jaime Rodríguez, también en ropa de cama.

Adentro, el cuadro no podía ser más pavoroso; formábase un patio de muros elevados, enlozados y estrecho: a la izquierda y en el fondo, montones de estiércol en activa descomposición. Una compañía de soldados, formada en ángulo recto, carga y descarga las armas, por secciones, a la voz de su comandante. En el

centro yacen tres cadáveres revolcándose todavía en la caliente sangre: son los de Cueto, Stuart y Gutiérrez. No hay más luz que la reflejada por cuatro linternas. Ferán lleva la una en la mano izquierda, teniendo en la derecha la humeante pistola que acababa de descargar en el lado de Stuart. La claridad de las linternas reila en los charcos de sangre, dejando envueltos en la penumbra a los actores de aquella tremenda hecatombe. Albert Hernández aparece a ese tiempo. Al verle, Ferán, con delirio salvaje, lanzóse hacia él y cogiéndolo por el hombro, lo empuja brutalmente.

- Ah! es Ud. Doctórcito?

Y dirigiéndose a los soldados, vociferó:

- Ahora, a éste, cristianos. ¡Carguen!

El malhadado preu se asió de las rodillas de Ferán implorando.

misericordia: el vértigo del miedo lo hizo prorumpir en frases inconexas y apóstrofes insensatas. Ferán, hombre corpulento, desasiado de aquellos brazos convulsivos que le impedían moverse, haciendo rodar a su víctima sobre las losas; luego, apartándose rápidamente del sitio de la ejecución, fue a colocarse entre los soldados. Cuando Albert se levantó y se vió rodeado de rifles que le apuntaban, y con tres cadáveres a sus pies, y corrió, ya enloquecido chapoteando con sus pies desnudos la caliente sangre de sus amigos, y arañando las paredes que en su terror pretendía saltar..... Sonó una descarga, y Albert Hernández cayó de espaldas rebotando su cabeza en el duro suelo. Levantóse aun sobre las rodillas con los pulmones des-

garrados y los intestinos colgando. (Las balas eran de gran calibre). Otra descarga lo hizo caer desplomado con la cara para tierra. No se levantó jamás.  
— Veuga otro!

Jaime Rodríguez se adelantó: marino de un valor indomable, y de una generosidad proverbial, en Veracruz era muy querido de todos y aun del mismo Ferán. Rodríguez no ofreció el espectáculo enervante del Sr. Albert, por el contrario, encarándose con el verdugo, díjole con imposible acento:  
— "Te creía un hombre, pero no eres más que un cobarde, el más cobarde de los cobardes!"  
— Cristiano! fusilaría a mi madre si él me lo mandara! ¿Estás listo?  
— Déjame escribir unas líneas, con lápiz, para mi familia.....

- Ni un minuto más; ¡adentro!  
Y Ferán quiso arrojarse brusca-  
mente dentro del cuadro: pero el  
marino, más fuerte y sereno, dió una  
tremenda bofetada y colocándose él  
mismo en la trayectoria de las  
balas.

- ¡Juego! rugió Ferán.  
Jaime Rodríguez se dobló, y  
cubriéndose con las dos manos el cha-  
cado pecho, por donde se escapaba  
la sangre a borbotones, pudo lanzar  
todavía este supremo apóstrofo:

... Miserable asesino! Maldito seas!!!  
Momentos después nueve cadáveres  
yacían en el pavimento: la sangre  
copia hasta empapar los pies de  
los soldados. La pálida luz del alba  
entraba tímidamente, y en rayos lí-  
vidos, en aquel lugubre recinto,  
de donde acababa de salir la  
muerte. Se tenía vergüenza de que

el sol iluminara la horrenda  
carnicería: era preciso enterrar los ca-  
dáveres y lavar la sangre antes  
del toque de día. Del machero se  
sacaron dos mulas todavía medrosas  
por el ruido de las descargas, un-  
diéndolas al carro de la basura: y  
el carro se empezó a llenar de cadáveres,  
en fúnebre confusión, destilando sangre  
y materia cerebral. Pronto a la calle,  
al cementerio! El día se había echado  
encima; el mar comenzaba a sacudir  
su ropaje de niebla, y el vuelo pesado  
de los papilotes y el canto lejano de  
los pescadores, anunciaban la aparición  
del astro resplandeciente. Las mulas  
que tiran del carrutón apenas pueden:  
¡pesan tanto los muertos! Los perros  
vagabundos que desinfectan a la cruz  
han husmeado el degüello: primero  
es uno, después dos, y al llegar al  
cementerio es ya una fauna la que

va tras el carrón, lamiendo la  
sangre que escurre y devorando los  
sesos que a trechos se escapan y  
caen, disputándose los a mordiscos Los  
perros.... He allí el cortejo fúnebre  
que lleva al cementerio a los  
últimos lerdistas.....

¡ Dios mío! cuando ricos nos hacen los muertos!

El pequeño motor  
de la Gran Revolución

XII

No se curaba todavía la sangre  
vertida en Veracruz, cuando una noche  
(la del 17 de Enero de 1881) mi valet  
de chambre Espinosa me introdujo casi  
furtivamente una tarjeta así concebida

Lic. Jorge Hámeken y Mejía,  
Diputado

México, Calle de Y. no. 10

— Hombre! hombre! este México tiene  
diez millones de habitantes y todos  
viven, y todos son hancuados.....

¡ Espinosa!

— Señor.....

— Dígame a ese Señor, cuando venga, que  
no estoy visible. ¡ Diputaditos de mí  
y a estas horas!.....

¡ Habíame causado tal repugnancia